

EL RETORNO DEL ZURDO MENDIETA

◆ EDUARDO ANTONIO PARRA

Para este lector, igual que para muchos otros, tanto del ámbito de la lengua española como de idiomas diferentes, seguir de cerca las aventuras del Zurdo Mendieta se ha vuelto una sana costumbre. Una costumbre que, al tiempo que nos impulsa hacia el interior de un personaje empapándonos del lenguaje de su autor –Élmer Mendoza–, también ayuda a que leamos la tragedia de nuestra realidad nacional en tono de fábula, es decir, de modo poético, ligero, lo que nos hace abrigar la esperanza de que la terrible situación de violencia en la que nos hallamos inmersos tal vez pueda cambiar en algún momento. Tal hábito literario se inició hace alrededor de una década con la publicación de *Balas de plata*, novela inaugural de la saga, siguió con *La prueba del ácido*, luego con *Nombre de perro*, alcanzó su cuarta entrega con *Besar al detective* y ahora se redondea –aunque no concluye– con *Asesinato en el Parque Sinaloa*, donde el autor sitúa a su héroe fuera de su ámbito más conocido, la ciudad de Culiacán, para trasladarlo unos

MENDOZA JUEGA CON EL LENGUAJE, LO RETUERCE, EXPRIME SUS SIGNIFICADOS Y LO VOLTEA COMO SI FUERA UN CALCETÍN PARA VER QUÉ MUESTRA DEL OTRO LADO.

cientos de kilómetros al norte, hacia Los Mochis, en la misma entidad sinaloense. A lo largo de estas cinco historias autónomas, siempre inmerso en casos distintos y de variada intensidad, los lectores no solo hemos atestiguado la evolución interior del protagonista, a quien conocemos como si se tratara de un miembro más de nuestra familia, sino que a través de él hemos visto algunas de las diferentes formas en que se manifiesta el crimen en el país, al tiempo que recorremos Sinaloa de sur a norte, pasando por sus valles y sus sierras, sus ciudades y sus costas, con lo que nos quedan bastante claras las intenciones de Élmer Mendoza al momento de tomar la pluma, o encender su computadora, y ponerse a escribir.

Lo primero que salta a la vista en este recorrido es la relación del autor con el lenguaje, que ya era

evidente desde sus primeras novelas, *Un asesino solitario* y *El amante de Janis Joplin*. Para Élmer Mendoza las palabras con las que escribe no son tan solo instrumento descriptivo o narrativo, sino los elementos principales de un procedimiento donde se estiran al máximo las tensiones entre habla y literatura, entre identidad regional y carácter nacional, entre lo lúdico y lo trágico, entre el pensamiento íntimo y los distractores que ofrece el torrente de información a que constantemente estamos sometidos los seres humanos en los tiempos actuales. Mendoza juega con el lenguaje, lo retuerce, exprime sus significados y lo voltea como si fuera un calcetín para ver qué muestra del otro lado, entre costuras y puntadas, con el fin de divertirse, sí, pero también con la intención de ampliarlo y renovarlo, ya sea a partir de frases hechas y en apariencia gastadas, o creando neologismos y utili-

MENDOZA HA DADO RIENDA SUELTA A LA CONSTRUCCIÓN DE UN PROYECTO PERSONAL NADA MODESTO, CONSISTENTE EN PROYECTAR A LOS HOMBRES, LAS MUJERES, EL HABLA Y EL PAISAJE DE SU REGIÓN NATAL HACIA ÁMBITOS INTERNACIONALES A TRAVÉS DE LA NARRATIVA.

zando regionalismos muchas veces desconocidos para la mayoría de la población que vive fuera de Sinaloa. En manos de Élmer Mendoza la lengua, así, se vuelve dúctil al grado de configurar, frase tras frase, línea tras línea, una prosa a la vez rica y ligera, densa y fluida, múltiple y rápida, que al leerse se erige como el reflejo fiel de un pensamiento, una idiosincrasia y una identidad que –me atrevo a asegurar– eran casi desconocidos para los lectores de literatura hasta hace unas dos décadas: los del noroeste del país.

Con esa prosa, que así como está llena de novedades se arraiga asimismo en nuestras tradiciones literarias más rancias, Mendoza ha dado rienda suelta a la construcción de un proyecto personal nada modesto, consistente en proyectar a los hombres, las mujeres, el habla y el paisaje de su región natal hacia ámbitos internacionales a través de la narrativa. Y acaso haya sido esa misma prosa la que lo haya hecho decantarse, desde sus inicios, hacia un realismo de origen brutal que en sus relatos deviene juguetero y picaresco gracias a sus juegos de lenguaje, a sus ritmos a veces vertiginosos, a veces menos, pero siempre musicales, al sentido del humor y a las aspiraciones poéticas de muchos de sus enunciados. Una prosa negra llena de luminiscencias, que le ha servido

para narrar, desde la perspectiva de Sinaloa, las vicisitudes de este México tan convulso que nos ha tocado en suerte habitar. Una prosa, en fin, que se ajusta igual que un traje a la medida al detective protagonista de sus cinco novelas, a Edgar el Zurdo Mendieta.

¿Un detective en México?, preguntan todavía ciertos lectores incrédulos. Sí, en nuestro país también los hay, aunque no gocen de mucho prestigio al pertenecer en su mayoría a la Policía Judicial o Ministerial. ¿Un judicial es el héroe de estas historias?, preguntarán ahora otros aún más incrédulos. Sí, sería de nuevo la respuesta, pero habrá que añadir que Edgar el Zurdo Mendieta no es un judicial, que ahora se llaman “ministeriales”, como aquellos cuya imagen permanece tenebrosamente grabada en el imaginario de la gente. No es burdo ni panzón ni apesta a sudor ni anda extorsionando a quien se le cruza enfrente. Tampoco trabaja para el crimen organizado, aunque tenga amigos muy poderosos entre los dirigentes de la mafia. Fuera de su oficio como investigador para la policía, es un hombre normal, con una ex esposa y un hijo, lee novelas y poemarios, es depresivo y cuenta con un psicoanalista de cabecera, es más o menos corrupto (es decir, recibe su parte de los sobres que

llegan por debajo del agua a su corporación), sufre por amores, le gusta el rock clásico, es amigo de sus amigos y, al menos en esta última novela, *Asesinato en el Parque Sinaloa*, lo encontramos sumergido en una etapa de alcoholismo.

En las primeras páginas de esta quinta entrega de la saga, los lectores encontramos al Zurdo en medio de una borrachera permanente, a la que lo llevó su depresión que esta vez no fue causada por un mal de amores sino un desengaño profesional: el rechazo de las instituciones policíacas, incluso la suya, la Policía Ministerial del Estado de Sinaloa, por considerarlo un agente a sueldo de los capos del narcotráfico, pues en la novela anterior, *Besar al detective*, intervino, por amistad, para ayudar a huir de las autoridades a la capisa del Cártel del Pacífico, con lo que se echó encima al ejército, a la Policía Federal y hasta al FBI. Aclarado el asunto, y más o menos exonerado por las corporaciones, el Zurdo sin embargo ha decidido dejar la policía y entregarse al alcohol, a pesar de los ruegos de sus compañeros para que vuelva con ellos.

Pero mientras el Zurdo se emborracha en Culiacán y reniega de sus jefes, en otra ciudad sinaloense, Los Mochis, son asesinados un hombre y una mujer. Las autoridades dan carpetazo al asunto alegando que

se trató de un homicidio pasional que terminó en suicidio, pero la víctima masculina es hijo de un ex policía que fue el mentor de Mendieta, quien acude a éste para que resuelva el caso. Parecería que nada haría cambiar de opinión al Zurdo respecto a su retiro, pero no puede resistirse al llamado de su antiguo compañero. Como ya se señaló, Edgar el Zurdo Mendieta posee un código inamovible acerca de la amistad. Para él, los amigos de verdad son algo de lo que hace posible la existencia. Y a pedido del ex agente Abel Sánchez se traslada, borracho y deprimido, a Los Mochis para investigar el doble asesinato, sin saber que en ese viaje se verá de nuevo enredado con los grandes acontecimientos de la historia criminal del país.

Como en otras novelas de la saga, en *Asesinato en el Parque Sinaloa* el primer crimen al que se abocan las pesquisas del Zurdo Mendieta es tan solo el detonante, o más bien el pórtico que se abre a un universo caótico donde convergen diversas fuerzas criminales y que parece no tener pies ni cabeza. Una especie de huracán de violencia que arrastrará al investigador en un vértigo interminable que, revelación tras revelación, nos mostrará el rostro más oscuro de México: el de la corrupción generalizada, el de las rivalidades entre las corporaciones policiacas y de seguridad, el de las diversas especialidades de la delincuencia, el de las traiciones y confabulaciones, el del mundo donde todo pierde valor excepto el dinero. El Zurdo y los miembros de su equipo —personajes a quienes también todos conocemos, como la pareja policiaca del protagonista, la detective Gris Toledo— se dan

cuenta de que algo muy grande y extraño está pasando en esa ciudad en apariencia tan tranquila cuando ven que día tras día las calles comienzan a llenarse de efectivos de la Marina Nacional, quienes patrullan Los Mochis armados hasta los dientes o sobrevuelan casas y edificios en helicópteros militares. Y lo que sucede, lo deducen con facilidad, es que el gobierno sospecha que el capo más buscado del narcotráfico, ese al que apodan Para Qué Me Atrapan Si Ya Saben Cómo Soy, recién fugado del penal de más alta seguridad del país, ándase paseando por la ciudad de Los Mochis.

Mientras el Zurdo y Gris Toledo interrogan testigos, siguen pistas y atan cabos que los lleven a la resolución del crimen de la pareja, enterándose de que la mujer era un poco ligera de cascos, con lo que la lista de sospechosos se enreda, en ciertas casas de seguridad de Los Mochis se desarrolla una línea argumental paralela en la que el capo fugitivo también sufre un mal de amores por una mujer famosa, una celebridad con la que se ha entrevistado varias veces con el pretexto de hacer una serie televisiva o radiofónica sobre su vida y que huyó a los Estados Unidos cuando el gobierno la citó para que declarara acerca de su amistad con el delincuente. Estas dos tramas principales, y algunas otras subtramas, se desenvuelven a lo largo de las páginas de *Asesinato en el Parque Sinaloa* en apariencia de modo independiente, apretando de modo discreto una tensión narrativa que —lo intuimos los lectores— será capaz de sacar chispas en el momento en que converjan y se anuden.

Al llevar a cabo una investigación

en un ámbito más o menos cerrado, donde casi todos los personajes están involucrados unos con otros y todos los sospechosos son conocidos de los demás personajes, como lo es la ciudad de Los Mochis, esta quinta entrega de la Saga del Zurdo Mendieta ya desde su título parece rendir un homenaje a los fundadores del género policiaco, como Agatha Christie, quien prefería los espacios cerrados, pero al mismo tiempo sigue las directrices de los autores duros como Hammett y Chandler, como si buscara abarcar espacios más amplios que tienen que ver con la realidad de toda una nación. De este modo, a caballo entre un procedimiento y otro de los clásicos de la narrativa negra, Élmer Mendoza demuestra su cercanía con la tradición del género al tiempo que lo renueva otorgándole un nuevo rostro, un punto de vista distinto y un lenguaje inédito.

Asesinato en el Parque Sinaloa no es solo una novela más de la Saga del Zurdo Mendieta; es además un nuevo relato interpretativo de la realidad criminal mexicana más reciente, y la obra de un escritor que sabe cómo renovarse y entregar a sus lectores un producto siempre distinto sin abandonar ni a sus personajes ni sus postulados originales ni su proyecto literario personal. Con ella, Élmer Mendoza se reafirma como un conocedor profundo de la gran literatura, un crítico de su realidad y de su tiempo, un estilista dueño de un lenguaje propio y una poética particular, un escritor con un proyecto definido al que permanece fiel y un creador de fábulas divertidas, emocionantes y atractivas que no podemos dejar de leer. ■